


Matar al Heredero

Un caso del cabo Holmes

Carlos Laredo

sin  errata

Edición digital publicada por

Sinerrata Editores
Barcelona
www.sinerrata.com
edicion@sinerrata.com

© 2017, Carlos Laredo
© 2017, sinerrata editores

Diseño de la cubierta: Manolo Acedo Lavado

Síguenos en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Google+](#)

[Pinterest](#)

También puedes suscribirte a nuestro [*newsletter*](#) para estar al día de todas nuestras novedades y lanzamientos.

Matar al heredero

Un caso del cabo Holmes

Carlos Laredo

sin  errata

Capítulo I

1

La llamada del cabo primero de la Guardia Civil de Corcubión, José Souto, a quien sus colegas llamaban cariñosamente Holmes, sorprendió a su amigo Julio César Santos, madrileño rico y vividor, que tenía como entretenimiento una agencia de detectives generalmente inactiva. Eran las once de la mañana y Santos estaba desayunando en su elegante piso de la calle de Serrano.

Hacía más de un año que no se veían.

—¡No me lo puedo creer, Pepe! —exclamó César Santos mirando su reloj—. Has tenido la delicadeza tan poco cuartelera de esperar a una hora decente para llamarme. ¿No habrás dejado la Benemérita?

—No, César, yo no soy millonario como tú: tengo que currar. Supongo que no estarás en la cama.

—No, no. Me acabo de levantar y estoy desayunando
—le respondió Santos—. Ya ves, a veces me da por
madrugar. ¿A qué debo el placer de tu llamada?

—Se te va a enfriar el desayuno si te lo cuento todo,
tío. Han ocurrido muchas cosas desde la última vez
que nos vimos.

El cabo José Souto era un hombre serio, a pesar de su relativa juventud, y no muy hablador. Sin embargo, como César Santos solía provocarlo y bromear acerca de su supuesto complejo de aldeano, el guardia, cuando hablaba con él, intentaba mostrarse más desinhibido e informal que de costumbre. Tildaba a su amigo de “pijo madrileño”, no por estar convencido de que lo fuera, sino como autodefensa por su inevitable provincianismo. A pesar de ello, como el azar había hecho que sus caminos profesionales se cruzaran en varias ocasiones y que en alguna de ellas el cabo le salvase la vida, existía un fuerte lazo afectivo entre ambos.

—No te preocupes por mi desayuno, Pepe, y
cuéntame.

—Verás, son varias cosas. La primera es que me caso.

—¡Coño, Holmes, eso es algo extremadamente grave!

¿Te encuentras bien?

—¿Te importaría escucharme y dejar de soltar una chorrada cada vez que te digo algo?

—Sí, sí, perdona. Es que lo que me acabas de decir es demasiado importante como para no hacer ningún comentario, incluso serio. Se me ha caído la tostada encima del pantalón, tío. Por cierto, supongo que te casarás con tu Lolita de siempre.

—Pues sí. Pensaba hacerlo con el sargento Vilariño, pero resulta que ya está casado y, además, se acaba de jubilar. Esto último no sería un impedimento, claro, pero te lo digo porque, de momento y provisionalmente, soy el nuevo jefe del puesto de Corcubión.

—¡Enhorabuena!

—¡Gracias! ¿Puedo seguir?

—Claro, Pepe.

—Bien, pues lo que quería decirte, en realidad son varias cosas. La primera ya te la he dicho: me caso. La segunda es que, desgraciadamente, Lolita quiere que seas el padrino de nuestra boda, por lo que no me

queda más remedio que pedirte en su nombre. Como sé que es el tipo de cosas que te encantan, espero una contestación afirmativa y emocionada. No es necesario que digas nada, gracias. Si Lolita tuviera padre, te privaría de ese placer, pero la pobre es huérfana, como sabes, de modo que la llevarás del brazo al altar.

—Será un placer. ¿La tercera?

—Murió mi tía Carmen y nos vamos a ir a vivir a la casa de la aldea. —Santos guardó un respetuoso silencio—. Lolita ha tenido la idea de convertirla en una casa de turismo rural, ya sabes, un hotelito rústico. Dado que tanto la casa como la finca son muy bonitas, creo que su idea puede funcionar. Llevamos diez meses de obras y, para tu tranquilidad, te comunico que hemos previsto un apartamento de lujo, a modo de suite cardenalicia enmoquetada, para cuando te dignes venir por aquí. Lo que no hemos podido construirte es un campo de golf, porque la propiedad tiene poco más de una hectárea.

—No sabes cuánto os agradezco que hayáis pensado en mí. Es un detalle. No importa lo del golf: practicaré en la moqueta de la suite. ¿Para cuándo es la boda?

—Para el verano. Pero no te preocupes; los de la aldea tenemos la costumbre de enviar una invitación por correo. Espero que las obras se hayan terminado mucho antes, porque nos gustaría celebrarla con la casa rural ya inaugurada. Tendremos ocasión de hablar de todo eso hasta entonces. Solo quería que lo supieras con tiempo.

—Muchas gracias, Pepe, me doy por enterado y, por supuesto, cuenta conmigo, no solo como padrino, sino para cualquier cosa que necesites y en lo que yo pueda serte útil.

—Lo único que necesito es que no tengas asuntos profesionales en Galicia y que, cuando vengas, sea solo para comer bien y pasarlo mejor.

—Bueno, ya sabes que nunca intento tener asuntos profesionales, ni en Galicia ni en ninguna otra parte; lo que pasa es que, de vez en cuando, aparece algún plasta empeñado en hacerme trabajar.

—Ya. Te lo digo porque preferiría ocuparme tranquilamente de mis asuntos, sin tener que dedicarme a salvarte la vida. No es que me importe, compréndelo, es que voy a estar muy ocupado durante los próximos meses.

—¡Holmes, eres un ingrato! Te he dado varias veces la oportunidad de lucirte y ni siquiera me lo agradeces. ¿Sabes? Creo que un buen investigador no tiene por qué resolver siempre y de modo brillante todos los casos. Hay que tener un poco de consideración con los demás policías, guardias civiles o detectives que no somos unos superdotados como tú. Fallar de vez en cuando te hace más humano, ¿no crees?

—No sigas con tus chorradas, César. Y tampoco creas que siempre resuelvo los casos de los que me ocupo. Precisamente tengo desde hace meses un asunto jodido, aquí en Corcubión, que no consigo... Bueno, dejémoslo. No te interesa.

—¡Claro que me interesa! ¿Tú, con un caso que no consigues resolver? Es lo más interesante que he oído en mi vida. Ya me estás contando de qué se trata.

—Ni lo sueñes, César. Olvídate. No te he dicho nada. Además, no te iba a interesar porque no hay tías buenas de por medio... ¡Perdona!, quise decir esa clase de señoritas elegantes con las que sueles relacionarte.

—No cambies de tema. ¿Te das cuenta de lo que me estabas diciendo? Eso es algo para contárselo a mis nietos.

—¿A qué nietos?, si no tienes hijos.

—¡No importa! A los nietos de mi hermana. El famoso cabo José Souto, alias Holmes, incapaz de resolver un caso en Corcubión. ¿De qué se trata, de un asesinato, un atraco, un secuestro? No me puedes dejar así, Pepe, sería una crueldad indigna de ti.

—Vale, tío. Deja de decir gilipollices. No voy a entrar al trapo. Solamente, si me prometes bajo juramento y por lo más sagrado que no vas a intentar meter tus narices en el asunto, te contaré algo cuando vengas a mi boda.

—¿Eso quiere decir que no admites mi colaboración?

—Exactamente.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque no quiero que vuelvas a cagarla.

—Eso es una grosería, Pepe.

—Ya ves. En Madrid sois pijos y en la aldea brutos.

Los amigos se despidieron tras sus habituales bromas, que al cabo Souto le costaba a menudo seguir, por su

carácter reflexivo y reservado. Sin embargo, le gustaba hablar con César Santos de vez en cuando en aquel tono trivial y desenfadado, porque lo consideraba un ejercicio dialéctico eventualmente útil, aunque no supiera para qué, como su pequeña carrera matinal por el bosque cercano a la casa cuartel lo era para estar en forma. El detective millonario de Madrid y el guardia de Corcubión eran dos personas completamente distintas, incluso opuestas, y probablemente por eso o por alguna cualidad común en la que no pensaba ninguno de los dos se apreciaban sinceramente. Quizá fuera porque ambos eran buenos profesionales, rigurosos y competentes en su trabajo. Aunque los métodos del detective no siempre fueran tan ortodoxos como los del guardia civil.

2

La boda del cabo primero José Souto y Lolita Doeste se celebró en la modesta iglesia de San Adrián de

Toba, de origen románico, con su torrecita de estilo barroco gallego, muy cerca de Cee y de la casa de turismo rural Doña Carmen, nombre que decidieron ponerle en recuerdo de la tía de Souto y donde se celebró el banquete.

El padrino, Julio César Santos, que jamás había asistido a ninguna fiesta en una aldea gallega, miraba con incredulidad la serie de platos que, uno tras otro, iban llegando al comedor en lo que le pareció una orgía gastronómica medieval. Después de los entrantes de empanada, que hubieran bastado para una comida corriente, trajeron una cantidad de fuentes de marisco que no habría podido terminar ni el doble de comensales. A continuación, llegó el cocido gallego, que consistía en un cerdo entero cocido y despiezado, adornado con chorizos, morcillas, muslos y pechugas de ave, jarrete de ternera, huevos duros, patatas, berzas y alubias, en cantidad igualmente pantagruélica. Los postres, cafés y licores estuvieron a la altura del resto.

—¿Esperabais más invitados? —preguntó Santos a la novia, por decir algo, a pesar de que no había sitios vacíos en la mesa.

Lolita se rio y le explicó que, en una boda como es debido, si no sobraba la mitad de la comida, por lo menos, los invitados se irían pensando que el banquete había estado escaso.

—¿Y qué vais a hacer con todo lo que sobra?

—Lo comeremos mañana entre la familia y los amigos.

Los novios se despidieron a media tarde entre aplausos, cánticos y los habituales vivas de unos invitados que acusaban ya el efecto de la bebida. Antes de irse, César Santos pudo charlar un momento tranquilamente con su amigo Pepe Souto. El detective madrileño aceptó la invitación del cabo y su mujer para pasar unos días de agosto en la casa de turismo rural, ¡en su suite cardenalicia!, y poder disfrutar de la paz y la belleza del lugar en un ambiente más relajado que el que habían vivido aquellos días previos a la boda.

—Pero tienes que contarme algo —le dijo Santos al cabo al despedirse—. No creas que me he olvidado.

Una sonrisa complaciente se dibujó en el rostro del recién casado.

El apartamento de lujo, que ocupaba la esquina de la casa rural, en un saliente sobre lo que en su día fueron las cuadras, daba al bosque por el lado norte y al Atlántico por poniente. Del mar solo se veía la línea del horizonte, porque las copas de los árboles que coronan las colinas circundantes, cubiertas de frondosos pinares, ocultaban la ría. Una línea que al atardecer parecía incendiarse frente al cabo Finisterre y que el océano se afanaba en apagar, más allá de donde termina la Tierra.

En el amplio balcón corrido que, como una terraza cubierta, recorría la pared de piedra de aquella parte de la casa, César Santos, que acababa de llegar de Madrid, y su amigo y anfitrión José Souto contemplaban el espectáculo charlando sentados en dos sillones de mimbre, aquella tibia tarde de agosto.

—Y ahora —dijo Santos después de beber un sorbo de su ginebra con tónica— me vas a contar algo de ese misterioso caso que aún no habías conseguido resolver el mes pasado.

—¡Qué pesado eres, César! Pensé que te habrías olvidado.

—¡Cómo voy a olvidarme de algo así! No he hecho más que pensar en eso durante estas semanas.

—No, si serás capaz de decirme que solo has venido para que te lo cuente.

—Pepe, yo soy una persona educada y, aunque fuera cierto, jamás te diría una grosería semejante. He aceptado vuestra invitación encantado, porque me apetecía pasar unos días con vosotros. Espero que no lo pongas en duda.

—La verdad es que me tienes alucinado. Si quieres que te diga la verdad, no creí que fueras a aceptar la invitación. Al fin y al cabo, esto no es más que una pequeña aldea gallega y, aun encima, no hay campo de golf.

—Eres un viejo zorro, Holmes. Me dices eso para que te diga que vine porque te aprecio, porque este sitio es precioso, porque se come divinamente en Galicia y porque estaba deseando verte. Pues no te contestaré. Y todos tus intentos por desviar la conversación del caso que no has resuelto son inútiles. O sea que déjate de coñas y cuenta. ¿De qué se trata?

Al cabo José Souto no le gustaba hablar de su trabajo y ni siquiera a su mujer le comentaba normalmente los casos en los que trabajaba, salvo que ella insistiera en preguntarle, cuando se trataba de sucesos de los que todo el mundo hablaba en el pueblo. Con César Santos era distinto. Como habían trabajado juntos en varios casos y se habían ayudado mutuamente con sus reflexiones y experiencia, no tuvo más remedio que ser condescendiente.

—Está bien, te lo contaré. Verás: en Corcubión hay todos los veranos un mercado medieval durante el último fin de semana de julio. Se monta en el casco antiguo, entre la iglesia y el puerto. Supongo que sabes de qué te estoy hablando.

—Sí, ya sé. Un mercado de chorradas con la gente disfrazada en plan cutre, como en una película mala de Robín de los Bosques.

—Algo así. Aunque también hay actividades artísticas, culturales, conciertos, etcétera. Bueno, pues resulta que el año pasado, durante el mercado medieval, asesinaron a un joven de diecinueve años, hijo de un médico muy conocido en la comarca: don Alejandro Sueiro, un señor absolutamente respetable, propietario

de un pazo muy bonito y de varias fincas y pinares en Vilar de San Pedro, una aldea que está a dos kilómetros de aquí. Ni el padre ni, mucho menos, el hijo estaban metidos en política, ni en negocios raros. Se trata de una familia aristocrática conocida y respetada por todo el mundo: los Sueiro de Andrade.

—¿Cómo lo mataron?

—No te lo vas a creer, pero le dieron una cuchillada por la espalda, justo en el corazón, delante de todo el mundo durante una exhibición de cetrería en el mercado medieval, a la una del mediodía. Hay un puesto que exhibe halcones, águilas y búhos delante de la iglesia. Hemos pasado tú y yo por allí alguna vez yendo a comer al hotel de la playa. Es esa iglesia que tiene una torre con pináculos, no hay otra.

—Sí, ya sé.

—Pues allí fue. A pesar de que lloviznaba, había mucha gente, porque es un espectáculo bastante curioso. El chico, Álex Sueiro, estaba entre la gente, mirando, y de pronto se desplomó y quedó tumbado boca arriba. Las personas que estaban a su alrededor creyeron que se había desmayado o que le había dado un ataque, hasta que la sangre empezó a fluir por

debajo de su camisa. Al incorporarlo, apareció el desgarró de la herida. Alex ya estaba muerto. Hay muchos testigos, pero pocas declaraciones de interés. La del sacristán, la de un chaval de Corcubión, las de un par de jubilados y la de una señora conocida de Cee, que salía de misa, son quizá las únicas que podrían aclarar algo. Con el revuelo de paraguas nadie vio nada raro, ni a nadie que se marchara de forma precipitada o sospechosa entre los que estaban cerca. Parece ser que, según la señora, al lado o detrás de él, había un joven con un chubasquero azul, pero no he conseguido saber quién podría ser. Ya sabes que hay gente que, cuando presencia un accidente, no quiere buscarse complicaciones y desaparece. En cualquier caso, el asesino tuvo que tener la frialdad de permanecer en el lugar mientras atendían al pobre muchacho en los primeros momentos. Luego, cuando llegaron los municipales y la Guardia Civil, que solo tardó un minuto o dos, porque había una pareja patrullando en el mercado, el tipo debió de largarse tranquilamente.

—¿Estaba solo? —preguntó Santos—, me refiero al joven.

—Sí. Bajaba a Corcubión desde su pazo todos los sábados a mediodía. Iba a la farmacia que hay allí cerca, charlaba un rato con la farmacéutica, que es amiga de la familia y le preparaba los medicamentos que tomaba su padre. Aquel día, parece ser que decidió darse una vuelta por el mercado medieval antes de volver a su coche, que solía aparcar donde encontraba sitio, por el puerto o en la avenida.

—O sea que iba solo.

—Supongo que sí. Durante algún tiempo estuvo yendo con su padre, pero desde que obtuvo el carné de conducir empezó a ir solo. Su madre murió hace años y ellos vivían solos en el pazo con un matrimonio de empleados y su hija. Un criado que hace de todo y su mujer, que es la cocinera. Don Alejandro tiene sesenta años y, según me dijo confidencialmente el forense, que es primo suyo, padece una grave enfermedad.

—¿Qué hay de herencias y cosas por el estilo? — preguntó Santos.

—Al morir su único hijo, solo le queda un hermano mayor, Pedro, con el que no se trataba desde hacía muchos años. Es un famoso abogado que tiene un bufete en La Coruña. Creo que ahora se han

reconciliado, porque Pedro Sueiro vino a darle el pésame a su hermano y me han dicho que los vieron juntos en el entierro.

—¿Sabes por qué no se trataban?

—Sí. El hermano mayor riñó con su padre, un general a la antigua usanza, porque se negaba a seguir la carrera militar según la tradición familiar. Cuando el viejo general murió, solo le dejó a Pedro lo que marca la ley, es decir: la mitad del tercio de legítima, y todo lo demás, incluido el pazo, fue a parar al hermano menor. Pedro pensó que su hermanito se avendría a repartir la herencia a partes iguales, a pesar del testamento. Pero don Alejandro no quiso obrar en contra de la última voluntad del padre. Su hermano lo tomó a mal y no volvió a dirigirle la palabra, hasta la muerte del chico.

—O sea que el pazo y todo lo que debería heredar el hijo podría acabar pasando al hermano, cuando muera don Alejandro.

—Podría. Dependerá del testamento, si lo hay. Pero supongo que no pensarás que Pedro Sueiro mató a su sobrino, para heredar de un hermano que es más joven que él y con el que estaba reñido.

—¿Por qué no habría de pensarlo? Como sabes muy bien, no se asesina a alguien sin un motivo; de modo que es lógico preguntarse: ¿quién tenía motivos para hacerlo?, ¿a quién beneficiaba su muerte? Por lo que me has dicho antes, solo su hermano podría estar interesado.

—Vamos a ver, César: en primer lugar, Pedro Sueiro no se trataba con su hermano y, por lo tanto, no tenía por qué saber que estaba enfermo. Por otra parte, siendo como es tres años mayor, no hay razón para pensar que planificara el asesinato de su hijo con vistas a heredar, a menos que también planeara asesinarlo a él. Aparte de eso, Pedro Sueiro es un hombre rico.

—¿Estás seguro de que no sabía que su hermano estaba gravemente enfermo?

—Ya te digo que no tenía por qué saberlo, puesto que no se trataban.

—¿Tampoco se trata con ese forense que es primo suyo? Si te lo dijo a ti...

—No lo sé, César. Pero el forense de Corcubión y yo trabajamos juntos, como puedes imaginar, y tenemos una relación profesional que incluye la confidencialidad

de las informaciones. Cuando me comunicó el resultado de la autopsia del joven Sueiro, me hizo un comentario sobre la desgracia del médico, que venía a añadirse a su enfermedad. Fue algo muy confidencial y no creo que lo vaya divulgando por ahí. Aparte de eso, no me dijo que fuera una enfermedad mortal a corto plazo.

—De acuerdo, pero si se lamentó contigo en ese momento, también pudo hacerlo hablando algún día con su primo de La Coruña, ¿o tampoco se trata con él?

—Tampoco lo sé. Pero te veo venir, César, y te diré algo: Pedro Sueiro también estuvo en mi punto de mira como sospechoso al principio. Independientemente de que, para el día del asesinato, tenga una coartada perfecta y por supuesto verificada, no te puedes imaginar las indagaciones que hemos hecho, las comprobaciones de sus gastos, de posibles pagos a terceros, de sus desplazamientos, los controles de llamadas, la verificación de correos electrónicos, etcétera. En fin, para qué te voy a contar. ¡Pues nada! No hemos podido encontrar absolutamente nada que fuera mínimamente sospechoso. Si realmente fue él

quien lo mató o encargó su muerte, lo hizo técnicamente muy bien. Por eso está bloqueada la investigación: no tengo pistas y los sospechosos tienen coartadas.

—Es curioso. El asesino tenía que conocer a la víctima y saber dónde iba a estar aquel día y a aquella hora, para poder asesinarlo allí, a plena luz del día y delante de la gente. Tenía que conocer Corcubión, cómo funciona el mercado medieval y a qué hora y en qué lugar hay más gente, las fechas, etcétera. Algo difícil para un sicario o un profesional contratado de fuera. Pero, a su vez, tenía que ser alguien que la gente de Corcubión no conociera ni de vista. Porque supongo que a Pedro Sueiro lo conocerá mucha gente en Corcubión...

—Quizá no mucha gente. Pero, desde luego, si hubiera estado por allí un sábado alguien lo habría reconocido, no es un desconocido para la gente mayor. Ya lo he pensado y también me he hecho muchas veces esas mismas preguntas y reflexiones.

—Claro que una peluca, un bigote o una barba y unas gafas desfiguran a cualquiera que no llame la atención por la altura o algo así.

—Ya te digo que presentó una coartada intachable.

—¿Cuál?

—El día del asesinato comió en La Coruña con unos amigos en un restaurante conocido. Lo verificamos.

—¿A qué hora?

—Pues a la hora de comer, no recuerdo. A las dos o dos y media.

—Se puede ir de Corcubión a La Coruña en una hora u hora y media. Hay tiempo de sobra.

—Bueno, no tan de sobra y menos en verano. Pero, además, hay peajes, donde dejas rastro.

—¿Con un coche de alquiler a nombre de otra persona? —César no soltaba presa—. ¿Tiene coartada entre la una y las dos?

—Según su secretaria, estuvo en su despacho hasta las dos. —El cabo Souto hizo un gesto de cansancio—. Déjalo, César, no he estado todo el año perdiendo el tiempo, como supondrás. Además, ¿por qué iba a matarlo?, ¿para qué?

—¡Ah, un pazo en Galicia o una casa en la Toscana! La ilusión de mi vida —comentó César Santos poniendo cara de ensoñación—. Imagínate lo que será para ese Pedro Sueiro: el pazo donde nació y se crio,

y que debería haber heredado en buena ley, lo hereda el hermano pequeño. Como, además, están reñidos, ni siquiera puede ir de vez en cuando a pasar unos días. ¿No es algo que incita a cometer un crimen?

—Macho —se rio ligeramente José Souto—, tienes mente de criminal.

César Santos no tuvo tiempo a contestar, porque los llamó Lolita diciéndoles que bajaran a cenar. Ya era completamente de noche.

4

Al día siguiente, César Santos, que nunca se levantaba antes de las diez o las once, se presentó a mediodía en el puesto de la Guardia Civil, que está en un alto, dominando el pueblo de Corcubión y la ría. El guardia de la entrada, que lo conocía, lo dejó pasar con su Porsche negro hasta la misma puerta y avisó a su jefe.

—Dice el cabo que pase usted —le indicó el guardia al detective—, ya conoce el camino.

José Souto, jefe provisional, ya no ocupaba su minúsculo despacho anterior, motivo frecuente de bromas de quienes lo visitaban, y se había trasladado al del sargento Vilariño, anterior comandante del puesto, jubilado a primeros de año. Era un despacho mucho más amplio, mejor amueblado y hasta tenía una pequeña mesa redonda de reuniones, sobre la que Lolita había colocado un tiesto con hortensias, a pesar de las inútiles protestas de quien entonces aún era su novio.

—Oye, gran jefe —lo saludó César Santos—, cuando termines de trabajar, antes de comer, ¿podríamos echar un vistazo juntos al sitio donde asesinaron a ese joven?

José Souto miró el reloj, dudó un segundo antes de levantarse y le dijo:

—Venga, vamos ahora. La mañana está tranquila.

Souto dejó todo como estaba, avisó a Orjales, su ayudante, de que se iba un momento al pueblo y salió con su amigo. Bajaron en coche, porque Santos quería ver varias cosas, hacía calor y no tenía ganas de tener que subir andando después hasta allí.

Descendieron a la avenida y torcieron a la derecha en dirección a Fisterra, hasta el casco viejo de Corcubión. Al pasar delante de la farmacia que está frente a los juzgados, el cabo Souto le dijo a Santos:

—Mira, esa es la farmacia de la que te hablé.

Santos vio un sitio delante, junto a un muro de piedra, y aparcó. Se bajaron y se metieron por un callejón que, tras un quiebro en ángulo recto, llega hasta el lateral de la iglesia: un edificio irregular, que ha sufrido diversas modificaciones no siempre acertadas y cuyo exterior de granito carece de interés, pero enmarca el lugar con un toque intemporal de reminiscencias góticas. Una plazuela con algo parecido a un trozo de jardín, un sauce llorón, algún que otro arbolillo y un crucero que parece en equilibrio sobre una base insegura constituían el escenario del crimen ocurrido un año antes, a finales de julio.

—En esta placita —le explicó Souto a su amigo—, delante de la puerta de la iglesia, montan su tinglado los de las aves rapaces. Alrededor, cuando hacen alguna exhibición, se amontona la gente. El asesino debió de haber seguido a su víctima y situarse detrás de ella. Fue aquí, al borde del jardincillo, junto a ese

sauce, donde cayó Álex Sueiro. Como ves, si el asesino tuvo la sangre fría de quedarse un momento en el sitio, mientras la gente empezaba a alarmarse e ir y venir, no debió de serle difícil después escabullirse discretamente, pasar tras el árbol y marcharse por donde hemos venido.

—Eso quiere decir que debía de tener su coche aparcado por donde lo dejamos nosotros, a la altura de la farmacia.

—Es posible, si es que había llegado en coche, lo que no deja de ser una suposición.

—Los juzgados que están enfrente, ¿tienen cámaras de vídeo vigilancia en el exterior?

—Sí. Y tengo copia de las cintas grabadas aquel día entre las diez y las dos de la tarde —le dijo Souto—, puedes verlas si quieres. Yo las he visto cien veces. Se ven llegar y salir más de veinte coches.

—Ya. Más de veinte coches ante la farmacia en cuatro horas, es normal. ¿Pero cuántos salen entre la una y la una y cuarto, por ejemplo? —preguntó Santos poniendo cara de sabueso, como si hubiera hecho una pregunta esencial.

—Vamos al cuartel y lo compruebas tú mismo: tengo una copia de la cinta en un lápiz usb —le contestó el cabo—. Ya no recuerdo. Quizá tres o cuatro, sin contar alguien que lo dejara un momento en doble fila para ir a la farmacia. Pero piensa que, bajando por ahí —señaló Souto una calle que va a la carretera por el lateral de la iglesia—, también se puede ir hacia el puerto y, además, el asesino pudo irse a pie atravesando el mercado.

—Claro —replicó el detective—, pero el callejón por el que vinimos es ideal para llegar y marcharse discretamente. No parece que pase mucha gente por ahí. Y si el asesino hubiera aparcado donde aparcamos nosotros, vería la farmacia, vería cuándo entraba y salía el joven Sueiro, podría haberlo seguido y controlar sus movimientos. Es el sitio ideal, ¿no crees?

El cabo José Souto, escéptico, no respondió y miró a su amigo como el padre que observa a su hijo cuando este acaba de descubrir cualquier bobada que le llama la atención y con lo que se pone a jugar muy interesado.

—De acuerdo —dijo finalmente el cabo—. Vamos a buscar la cinta y la miras todas las veces que quieras. ¡Qué más quisiera yo que descubrieras algo que a mí se me haya escapado!

—Nunca se sabe.

Volvieron al cuartel y Souto sacó de un cajón de su mesa de despacho un lápiz USB; se lo dio a Santos y le dijo:

—En vez de verlo aquí, llévatelo a casa y lo miras en tu portátil tranquilamente, si te parece. Yo iré a comer a las dos y media.

Si queréis seguir disfrutando de la novela podéis adquirirla en cualquiera de estos [puntos de venta](#).

SOBRE EL AUTOR

Carlos Laredo Verdejo (La Coruña, 1939) estudió Filosofía y se licenció en Derecho en la Universidad de Santiago de Compostela. Con una carrera profesional labrada en el mundo de la publicidad y la comunicación en Europa y Latinoamérica, desde su jubilación reparte su tiempo entre su familia (está casado y tiene tres hijos), la música, la pintura y, su verdadera pasión, la escritura.

[El rompecabezas del cabo Holmes](#) (sinerrata editores, 2012) fue su primera incursión en la novela policíaca, iniciando una serie que continúa con *[La decepción del cabo Holmes](#)*, *[El secreto de las abejas](#)* y *[La línea divisoria](#)*, pero su curriculum literario es extenso. Ganó el X Premio Peliart de Poesía (1984) y el premio Delta (1997), con la novela *La amante religiosa*, publicada en castellano por Ediciones del Prado y en gallego por Edicións Embora. Fue finalista del Premio Adriano de Novela Histórica (2001) con *El regalo de Centla. Memorias de la intérprete de Hernán Cortés*, publicado por Ediciones Apóstrofe y por RBA Editores en su colección Conquistadores. En 2002 publicó *La huida de La Loba* (Editorial Toxosoutos), en castellano y en gallego (traducido por él mismo). Sus novelas juveniles *Valdelobos* (2009) y *Lena e o lobishome* (2010) han sido publicadas por Tambre (Edelvives). También se ha adentrado en el género de la biografía, con la del compositor *[Joaquín Rodrigo](#)* (2011), editada en su colección Biografías por la Institución Alfonso el Magnánimo (Diputación de Valencia) y en versión digital por sinerrata editores (2013).